

**Schindel, Estela (2012),  
*La desaparición a diario.*  
*Sociedad, prensa y dictadura*  
(1975-1978), Villa María,  
Eduvim, 382 páginas.**



267-271

Ana Inés Seitz\*

**Fecha de recepción**

16 de abril de 2014

**Aceptada para su publicación**

7 de mayo de 2014

Este libro se propone el abordaje de un tema de reciente interés académico pero también de innegable centralidad política en la Argentina actual: ¿cómo era la vida cotidiana de los argentinos durante la última dictadura militar, esa vida que transcurría entre secuestros y desapariciones y asistía a la mayor masacre del siglo XX en el país?

Frente a las dificultades metodológicas que comporta el interés en reconstruir cuáles eran las prácticas y representaciones de los argentinos hace treinta años, la autora propone analizar la prensa del período. Esta elección se fundamenta en dos consideraciones: en primer lugar, que -a través de lo que sí era publicado cotidianamente en los diarios- es posible conocer qué tenía oportunidad de saber la sociedad mientras tenían lugar las desapariciones; en segundo lugar, que aquello que aparece en los discursos de los medios gráficos se asienta sobre supuestos y códigos de lectura compartidos entre lectores y editores, que nos revelan un horizonte compartido de saberes, valores, creencias y expectativas.

Dirigida a un público académico, y producto de una tesis doctoral elaborada en la Universidad Libre de Berlín, la obra procura iluminar esta problemática analizando cómo se fue construyendo socialmente la figura del desaparecido en la prensa. Centrándose en el estudio de un período que va desde mediados de 1975 hasta el Mundial de 1978 -la etapa más álgida de la represión-, la autora

---

\* CONICET – UNS – UNLP. Correo electrónico: [anaiseitz@gmail.com](mailto:anaiseitz@gmail.com)

analiza principalmente lo que se publicaba en *La Nación* y *La Opinión*, y postula una sugerente tesis: que la condición de suspensión entre la vida y la muerte, de ser sin derechos civiles ni lazos sociales, de mero cuerpo, en que eran mantenidos los desaparecidos en los centros clandestinos de detención, fue anticipada en la prensa, en el proceso de invisibilización, exclusión y cosificación de aquellos ciudadanos designados como “subversivos”.

Inscribiéndose en el debate historiográfico sobre el rol de la prensa en la última dictadura militar, la autora decide no centrarse en el examen de la complicidad de periodistas y empresarios gráficos con el poder dictatorial, ni en la censura y autocensura sobre la represión estatal que operaba en esa época en los diarios. Aunque estas cuestiones surgen a lo largo de la obra, Schindel elige hacer foco en lo que efectivamente se publicaba en nuestro país, entendiendo a los medios periodísticos como un *campo* -en el sentido bourdieano-, en el que tienen lugar posicionamientos, discursividades, negociaciones y disputas por extender los límites de lo “decible”, de distintos actores sociales y políticos, que fueron dando forma a la figura del desaparecido.

En el primer capítulo se presentan algunas de las consideraciones teóricas y metodológicas en que se fundamentó la investigación. Partiendo de una reflexión sobre el contexto histórico y político en que se produjeron las desapariciones en Argentina y en sus efectos, Schindel analiza las operaciones sociales de construcción de seres invisibilizados, “otros”, excluidos de las redes de integración social y del derecho, cosificados y pasibles de ser eliminados por el poder estatal en defensa de la sociedad. Al mismo tiempo elucida cómo se expresaron esas operaciones en la prensa argentina de la época y los modos en que era presentada la figura del “subversivo”. Aquí la autora expone uno de los conceptos centrales en su análisis, el de *homo sacer* de Giorgio Agamben: aquel que, como consecuencia de determinadas circunstancias históricas, políticas y sociales, puede ser matado por cualquiera, sin que ese asesinato sea considerado un delito. Schindel señala que el desaparecido es uno de los modos en que esa figura encarna contemporáneamente, en tanto es un ser sin derechos, reducido a mero cuerpo, a “nuda vida” (p. 53). Por otra parte, postula la existencia, en el campo que ofrecían las publicaciones del período, de una delgada esfera pública en la que fue posible disputar los límites de lo “decible” sobre la represión estatal así como negociar la frontera entre quien debía ser considerado aún un ciudadano con derechos, y quien, arrojado al limbo de la ilegalidad, era un *homo sacer*. De esta manera, se contraponen al planteo de que los medios periodísticos estuvieron totalmente sometidos al poder dictatorial.

En el segundo capítulo, en el que analiza el período que va de mediados de 1975 al golpe militar de marzo de 1976, estudia los modos en que el clima social de opresión, desborde y caos reinante, consecuencia de la escalada de violencia política estatal y contrainsurgente, era presentado en la prensa. Si bien

esta violencia provenía de actores, intereses y motivaciones diferentes, la autora da cuenta de cómo su presentación y editorialización en los medios periodísticos no contribuyeron a su comprensión diferenciada, sino por el contrario, a crear confusión, temor, hartazgo, y en última instancia, consenso hacia el golpe militar y la represión ilegal. Por ende, esta presentación mediática de la violencia formó parte de los mecanismos de una sociedad “en ablande” (p. 129). A ello se suma la forma en que era presentada la situación política del país -anómica y de descomposición institucional. A fines de 1975 aparecen las primeras noticias de desapariciones. Son hechos que, a diferencia de lo que sucedió luego del golpe, daban lugar a una reacción orgánica de la sociedad. Los secuestros eran denunciados por actores colectivos -diversas organizaciones sociales-, revelando que los desaparecidos aún estaban ligados a una densa red social y afectiva, aún eran integrantes plenos de la comunidad. Luego se produce el golpe de Estado, que en la prensa fue asociado a imágenes de orden, normalidad, prolijidad y eficiencia.

En el tercer capítulo, estudia los modos en que la figura del desaparecido fue construida en la prensa en el primer año de dictadura. A la par que se enfatizaban imágenes y discursos de tranquilidad y orden, las noticias vinculadas a la violencia y a la represión continuaban, y hacia mediados de año se tipificaron, mimetizándose con el discurso oficial. Los diarios informaban principalmente sobre “enfrentamientos”, episodios montados en los que la figura del “subversivo abatido” condensaba la noción de ser sin derecho. Schindel señala que el verbo “abatir” que se leía en los diarios, situaba al “subversivo” en la indefinición entre la vida y la muerte en la que se encontraba el desaparecido en el CCD. La autora también analiza las primeras denuncias de desapariciones: quiénes las realizaban, y cuánto de ello aparecía en los medios periodísticos. Las primeras menciones surgieron principalmente y a diferencia de la etapa previa al golpe, de estrategias de rescate individuales: de obispos, gobiernos de otros países, y en escasos ejemplos, representantes de partidos políticos y agrupaciones profesionales. Por fuera de lo que aparecía publicado en los diarios, se articulaba la búsqueda de los familiares, que comenzaron a organizarse en este período. Schindel postula que sus denuncias producían un efecto paradójico, en tanto tendían a “inocentizar” (p. 207) al desaparecido, como si la posibilidad de haber cometido un crimen justificara la desaparición.

En el cuarto capítulo analiza el segundo año del régimen militar hasta junio de 1978. La autora vuelve sobre los tópicos tratados en el capítulo anterior, mostrando cómo las denuncias sobre desapariciones se fueron acumulando y articulando hasta constituir las como un asunto plural, que daba cuenta de la sistematicidad de dicha práctica represiva. En la prensa, el tema aparecía principalmente a través de la presión internacional por la política represiva del régimen militar, en especial de parte del gobierno de Carter. Los diarios locales publicaban principalmente la respuesta de militares y de sectores civiles aliados, pero estas noticias permitían entrever a quienes las leían la realidad del terrorismo de

Estado. Finalmente, frente a la acumulación y magnitud de las denuncias, los militares comenzaron a reconocer gradualmente la existencia de desaparecidos, inaugurando una nueva etapa en la que las luchas sociales se centraron en el rechazo de la “teoría de los excesos” y en la denuncia del carácter sistemático de la represión. Por último, Schindel analiza las maneras en que el gobierno procuró utilizar el Mundial de Fútbol de 1978 como una oportunidad de clausurar la etapa represiva y rearticular el consenso en torno a un país pacificado y unido, en una “gesta afirmativa, aglutinante y reparadora” (p. 285) que, tal como revela la prensa del período, fue compartida por la mayoría de la sociedad.

Finalmente, el capítulo 5 se aleja en cierta manera de la línea argumental de los anteriores, y analiza la “positividad” (p. 301) del proyecto de la dictadura, ya que no solo se centró en la represión, sino que tuvo también una dimensión biopolítica, en tanto procuró modelar a la sociedad argentina. Estos objetivos reformadores y refundadores son visibles en la superficie de los diarios, en diversas operaciones de política sanitaria y planeamiento urbano que llevó a cabo el gobierno. También se hacen visibles en el uso que el régimen hizo de nociones tradicionales de familia y de género, en las que la mujer quedaba recluida en el ámbito privado y en las funciones domésticas, en tanto que la familia, entidad esencial y ahistórica, era el fundamento de la nación. Schindel postula asimismo la posibilidad de pensar aquello que aparecía en los avisos publicitarios como síntoma del clima de la época, de la violencia solapada con la que coexistía la sociedad, que no aparecía en las noticias. Por último, reflexiona sobre los legados del proyecto dictatorial en el presente. En particular, se interroga sobre la sociedad argentina, si ha cambiado o contiene aún en sí misma algunas de las condiciones que posibilitaron la masacre; y por otra parte, apunta a las operaciones políticas y mediáticas que aún hoy construyen en las noticias nuevas figuras de la exclusión.

El libro constituye sin dudas un singular aporte a la historia de la última dictadura militar, en particular, al conocimiento de qué del terrorismo de Estado, y de qué forma, se hacía visible cotidianamente en los diarios; y por tanto, contribuye a comprender las características de la sociedad en la que tuvo lugar la masacre. En este sentido, sus méritos son varios. En primer lugar, en tanto estudia el rol de la prensa bajo dictadura desde otro punto de vista, diferente de aquellos trabajos que analizan las complicidades, la censura, y la autocensura de los medios gráficos. En particular, colabora de forma decidida a pensar la prensa como un *campo* en el que diversos actores políticos y sociales se posicionan, y disputan por ampliar el límite de lo “decible” sobre las desapariciones. En segundo lugar, en tanto la investigación se centra en una fuente muy transitada por los investigadores y a la vez de alta visibilidad y circulación social, pero que sin embargo todavía es capaz de ofrecer datos para responder nuevas preguntas sobre la sociedad de la época. Por último en su intento de estudiar cómo los diarios construyeron socialmente la figura del desaparecido, la obra revela las operaciones mediáticas que

cotidianamente constituyen un otro pasible de ser eliminado, operaciones que, tal como señala Pilar Calveiro en el prólogo, podemos identificar aún hoy, en un contexto democrático, en nuevas figuras de la exclusión. En este sentido, el libro cumple su cometido, y nos lleva a reflexionar sobre los legados de la dictadura en el presente, tanto del proyecto dictatorial, como de aquellas cuestiones que permanecen aún vigentes en el entramado social.